

Romances recogidos de la tradición oral en la Montaña

Ser debidos estos modestos apuntes a una indicación del Maestro, es lo único que autoriza su inserción en esta docta revista.

«La vecindad de Asturias, tan rica en romances, y la frecuente emigración de los montañeses a Andalucía, donde también abundan, induce a pensar que nuestra provincia no ha de ser de las últimas en la conservación de este género de poesía popular.» Estas palabras de Menéndez y Pelayo en el tomo X de su *Antología de poetas líricos castellanos*, me movieron a su comprobación ya que vivo en lugar acomodadísimo a esta clase de investigaciones.

En efecto, este desgajado valle de Tudanca, asombrado por imponentes montañas, de entrada hasta hace bien poco accesible sólo al casco del caballo o al reforzado zapato del caminante, misteriosamente arrullado por el despeñado Nansa, famoso en nuestra geografía literaria desde que Pereda le escogió como escenario de las patriarcales escenas de *Peñas arriba*, parecía lugar propicio a esos romances que el tiempo forma, en cuyo fondo brillan con claridad de guijas bajo el agua, leyendas, consejas y tradiciones.

Hube de vencer primero la desconfianza doble por aldeana y montañesa, que recelaba deseo de burla en mí, para ellos, inexplicable curiosidad, comenzando entonces a mostrármese el tesoro de poesía popular con tal abundancia y riqueza, que formé el propósito de ordenar una recopilación, de que son primicia estos ensayos.

Es este de la poesía popular campo apenas explorado en la Montaña, tanto, que en seis páginas de la citada *Antología* han cabido holgadamente la noticia de las investigaciones debidas a Escalante, Pereda y Ortiz de la Torre (D. R.) y los textos de los romances por ellos publicados, unas y otros únicos en esta región.

El mayor número de los por mí recogidos, hasta ahora, son religiosos, y por dicha no tienen traza de extinguirse, pues viven aun en boca hasta de los niños, a quienes sus madres se los enseñan como oraciones. No se asigna a estos romances, como es sabido, una

antigüedad tan remota como a los históricos, caballerescos y novelescos, llamados antonomásicamente viejos, y se les considera o producto de la evolución de temas ajenos a su naturaleza, o de contaminación de éstos con leyendas y tradiciones piadosas, o como degeneración de romances artísticos. Apoyo en parte y en parte rectificación de estas hipótesis, han de ser los numerosos y algunos bellísimos aquí perpetuados, y que han de ocupar la primera parte de la colección que anuncio.

La segunda estará dedicada a romances históricos, caballerescos y novelescos, entre los que hay versiones excelentes que urge fijar, pues amenaza acabar con ellos la invasión de pliegos y libros de cordel que por más nuevos prefiere el errado instinto de estos aldeanos.

La tercera parte se compondrá de cantares de boda y ronda, *picayos*, romancillos petitorios y toda suerte de romances breves hechos a medida y demanda de costumbres típicas.

Por último, en la cuarta parte incluiré los que llaman *trovas de vaqueros*, género de romances que aun se componen, que alcanza a veces verdaderas cimas de acierto, interesantes tanto por su alcance literario como por ser documento notable de costumbres bien próximas a extinguirse.

Tal es el plan que me he propuesto; mas en estos apuntes no seguiré sino el que la ocasión y marcha de mis investigaciones demanden.

He procurado ser escrupuloso hasta la nimiedad en la transcripción de los textos, pero no he respetado la pronunciación deficiente de los vocablos cuando era notoria, salvo en el caso de ser precisa para el número del verso.

Menos indigno de mis lectores hubiera sido el estudio hecho sobre la colección definitiva, pero ésta requiere mucho tiempo, que mi afán de hacerla lo más completa posible, ha de prolongar aún más.

No aspiran, pues, estos apuntes, a formular versiones o criterios definitivos: escritos sobre la marcha, según voy recogiendo los materiales, ha de haber datos, hipótesis y versiones que posteriores hallazgos propios—cuanto más ajenos—han de invalidar. Por esta misma causa no formarán un todo orgánico ni aun coherente; serán desgajados apuntes más útiles que la monografía definitiva, ya que darán materia al estudioso que con más ingenio y doctrina deduzca conclusiones que nadie esperará de mis pobres recursos y deficiente preparación.

I

ROMANCE DEL PRISIONERO

Mes de Mayo, mes de Mayo,
cuando arrecian los calores,
cuando los torillos, bravos,
los caballos, corredores;
cuando los enamorados
se regalan sus amores;
unos, se regalan rosas,
otros, se regalan flores,
yo, pobrecito de mí,
metido en estas prisiones
sin saber cuándo es de día
ni menos cuando es de noche,
si no por los pajaritos
que cantan en altas torres.

Por haber sido el primero que oí recitar, por su indisputable belleza y por lo peregrino de haberle hallado en la tradición oral de esta Montaña (recogido de la boca del pueblo no conozco sino la versión del *Romancerillo* de Milá, n.º 239), doy la primacía en la publicación a este romance.

Otras dos versiones conozco de él: el fragmento incluido en el *Cancionero General* y la que se lee en el *Cancionero de Romances* y pasó a la *Silva de varios romances* (1550), a las que corresponden, respectivamente, las n.º 114 y 114 a de *La Primavera*, de Wolf.

La lección arriba transcrita es tan sólo un fragmento en que se retrata la triste situación del prisionero. Conserva el asonante en o-e, como la 114 de Wolf; pero he recogido ocho versos de otra versión en que el asonante es agudo en o; como en la 114 a citada y que ofrece una curiosa degeneración del tema al convertir al rudo ballestero en pícaro estudiante, y una prueba de que debió estar bastante divulgada.

Los ocho versos son los siguientes:

Mes de Mayo, mes de Mayo,
cuando aprieta la calor,
.....
cuando los enamorados
van a servir al amor.
.....

Yo tenía un pajarito
que cantaba con primor;
un picarón de estudiante
a traición me lo mató.

No renuncio a algún hallazgo que complete este interesante romance.

II

ROMANCE DE GERINELDO

—Gerineldo, Gerineldo,
mi camarero florido,
¡quién te tuviera esta noche
tres horas en mi servicio!
—Como soy vuestro criado,
señora, os burlais conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo.
—Si me lo dices de veras
¿a qué hora voy al castillo?
—Entre las doce y la una.
Cuando el Rey esté dormido.
Entre las doce y la una
Gerineldo fué al castillo.
—¿Quién me ronda mi palacio?
¿Quien me ronda mi castillo?
—Soy Gerineldo, señora,
que vengo a lo prometido.
Ha bajado la princesa,
por un brazo le ha cogido,
se fueron para la cama
como mujer y marido,

se dieron dulces abrazos
y se quedaron dormidos.

Luego vino el Rey su amo
y los encontró dormidos;
puso la espada en el medio
porque sirva de testigo.
Con el frío de la espada
la dama ha *restremecido*.

—Despierta, despierta, Gerineldo;
mira que somos perdidos,
que la espada de mi padre
entre los dos ha dormido.

—Calla, que será la mía,
que suele dormir conmigo.

—No es la tuya, Gerineldo,
que yo bien la he conocido;
que la de mi padre es de oro,
la tuya de cristal fino.

Se levanta Gerineldo,
por el jardín ha salido;
se encuentra con el Rey su amo,
de esta manera le dijo:

—¿De dónde vienes, Gerineldo,
que vienes descolorido?

—Del jardín vengo, señor,
de coger rosas y lirios.

—Mientes, mientes, Gerineldo;
con la princesa has dormido;
pero mañana a las ocho
seréis mujer y marido.

Si para mí fué sorpresa el hallazgo del romance del prisionero, desde luego tenía descartada la seguridad de encontrar el de Gerineldo.

En el maravilloso *Tratado de los romances viejos*, de Menéndez y Pelayo, en el capítulo XI, que trata de los *romances caballerescos del ciclo carolingio*, puede aprenderse cuanto yo sé del caso de Eginardo y Emma, hija de Carlomagno, suceso que parece ser la célula histórica de esta divulgadísima leyenda.

Dos formas parece haber adoptado: la que puede verse en los romances del Conde Claros y en sus correspondientes de la tradición

asturiana de Galancina y Galanzuca, y que el Maestro tiene por la más antigua, y la que aquí se recita, que se halla por lo menos en Asturias, Galicia, Cataluña, Andalucía, Extremadura, Portugal, isla de Madera, islas Azores, Brasil, y entre los judíos que hablan castellano en Turquía, Bulgaria y Marruecos.

Tres datos ofrece la versión recogida por mí, de verdadero interés. Es el primero que se asigne a Gerineldo el oficio que realmente desempeñó, *mi camarero florido*. Salvo en dos versiones andaluzas y en la núm. 161 de la *Primavera*—que Menéndez y Pelayo tiene por la más antigua—en todas las demás se le llama *paje del rey más querido*, o *mi caballero polido*, y aun en las citadas no se le da el adjetivo *florido*, verdaderamente poético y de arcaico y delicioso sabor. Ingenio de más autoridad decidirá si esta observación puede llegar a ser argumento de su mayor antigüedad o simplemente de su probable procedencia andaluza.

El segundo dato es un pormenor de poético realismo que no hallo en ninguna otra versión.

Con el frío de la espada
la dama ha *restremecido*,

modismo éste más aún que regional, local, que hace pensar si será esta variante exclusivamente montañesa.

El tercero es la discusión sobre la pertenencia de la espada, en ninguna otra lección tan dilatada e interesante.

Cuando se canta este romance no le acaban donde yo le he dado por terminado, sino que añaden esta coletilla, con distinto asonante y más pedestre musa.

—No lo quiera Dios del cielo
ni la Virgen de la estrella;
mujer que ha sido mi dama
que yo me case con ella.
—¡Traición, traición, mi castillo!
¡Traición, traición, mi princesa!
Al pícaro Gerineldo
le cortaron la cabeza.

Evidentemente este fragmento está bárbaramente degenerado, pero ofrece tan claras analogías con otros romances, que no es po-

sible pasarle por alto. Son éstos los de Galiarda y Aliarda (números 138 y 139 de la *Primavera*) y el asturiano de Tenderina.

No quiero hacer caballeros,
para mí cosa tan fea
en tomar yo por mujer
la que tuve por manceba,

dice el de Galiarda, y análogamente los otros dos. Con el fragmento transcrito coincide el asonante (el de Tenderina le hace en a-o). ¿Se tratará sencillamente de un caso de contaminación de los dos temas? ¿No habría en ellos algo de común que explique la soldadura? El hallazgo del romance entero explicaría este caso.

Entretanto, a la consideración de los doctos le dejo, juzgándolo de sumo alcance, ya que acaso pudiera ser prueba del común origen de estos dos temas, ya sospechado por Menéndez y Pelayo.

III

ROMANCE DE MARBUENA

Marbuena se paseaba
del balcón al ventanal,
dolores le dan de parto
que la hacen arrodillar;
no tiene padre ni madre
ni hermanos a quien contar;
contárselo a su suegra,
¡más le valiera callar!
—¡Quién estuviera esta noche
con el mi padre a cenar,
mañana por la mañana
con la mi madre a almorzar!
—Esos deseos, Marbuena,
luego les puedes quitar,
que al Conde cuando viniere
yo le daré de cenar,
cebada para el caballo,
carne para el gavilán,

y para su cuerpecito
lo que quisiera gastar.
Dentro de una hora llegó
a *ca'e* su padre a cenar,
dentro de otra hora parió
un infante muy galán,
dentro de una hora llegó
el Conde a su ventanal.

—¿Dónde está Marbuena, madre,
la que aquí solía estar?

—Marbuena, hijo mío, fuese
a *ca'e* su padre a cenar;
iba diciendo de ti

.....
que la *trencabas* el vino,
que la *trencabas* el pan,
que la *trencas* el carnero
salado y de por salar,
que la ponías la rueca
y la mandabas hilar,
que la *trencabas* los peines
con que se había de peinar.

El conde de que oyó esto
emprincipia a caminar.

De que llegó a la escalera
emprincipia a preguntar.

¿Cuándo yo te *trenco* el vino,
cuándo yo te *trenco* el pan,
cuándo te *trenco* el carnero
salado y de por salar,
cuándo te puse la rueca,
cuándo yo te mandé hilar,
cuándo te *trenqué* los peines
con que te habías de peinar?

Alevántate, Marbuena,
no te lo vuelva a mandar.

—Mujer parida de una hora,
¿dónde la quieres llevar?

La cogió por los cabellos
y a las ancas la fué a echar.

—Si estuviera aquí su padre

no la habías de llevar,
pero como soy mujer
no te lo puedo quitar.
Al cabo de siete leguas
emprincipia a suspirar.
—¿Por qué suspiras, Marbuena;
por qué suspiras, mal vas?
Si suspiras por el niño
te lo volveré a buscar.
—No suspiro por el niño
ni porque ha quedado allá;
suspiro por la mi muerte
que se va acercando ya;
el cuello de mis zapatos
bañados en sangre van,
las ancas de mi caballo
parecen un río caudal;
arrímame aquí a este roble
si me quieres arrimar,
enciéndeme una candela
si me quieres alumbrar,
ve a buscarme el confesor
si me quieres confesar.
Volvió a casa de su padre
por el cura y el misal.
—No venga ya aquí mi padre
que aquí no hace falta ya,
porque el alma de mi madre
en los cielos está ya,
y el alma de mi abuela
en los infiernos estará.

El tema de este romance, que pudiéramos llamar de la suegra perversa, común en la poesía popular, no se encuentra en las antiguas colecciones, pero es de los vulgarizados en la tradición oral. Varias veces se ha recogido en la península, mereciendo la primacía en la cita, por la calidad y méritos del colector, el que procedente del Alto Aragón publicó Joaquín Costa. La versión nuestra, que consideramos como muy superior a todas las conocidas, se asemeja más que a otra alguna a la asturiana de Marbella, si bien con variantes que a nuestro juicio la mejoran. La calumnia no es tan brutal como

en Marbella, pero no es menos ruda e ingénuu. El momento en que Marbuena se queja al desangrarse, es de rústica y venerable energía y de un dramatismo impresionante.

Al recitarle suelen añadir este final, completamente ajeno a la intención y tono del romance.

¡Válgame Dios de los cielos,
qué desgracia tan fatal!
Que las suegras y las nueras
siempre se quisieron mal;
las unas por hablar mucho,
las otras por no callar.

No sólo le transcribo por fidelidad al texto oral, sino como caso muy típico de degeneración: ese carácter sentencioso y en cierto modo docente, hemos de verle acentuado en las decadencias de todos los temas, no ya en un fragmento extraño y al final, sino en interpolaciones y apostillas entreveradas en el texto viejo.

IV

ROMANCE DEL NACIMIENTO

En el portal de Belén,
junto al reino de Judea,
está la Virgen María,
¡relumbrando está una estrella!
—¿Cómo estás, Virgen María?
¿Cómo estás, Virgen doncella?
—Yo buena estoy, San José;
no dejo de tener pena
en ver al hijo de Dios
metido en tanta pobreza,
que está echado en un pesebre
entre la paja y la hierba,
que la mula se la come,
el buey *duendo* (1) se la allega.
¡Oh mula mal inclinada,

(1) *Domado*.

la mi maldición te venga!
¡Oh buey bien enseñado,
la mi bendición te *allega*,
que te dé fuerza en los brazos,
fortaleza en la cabeza
y que la gente cristiana
de verte se compadezca.

Comienzo con este romance la publicación de los muchos religiosos que aquí se conservan.

Como dije más arriba, se les considera como fruto de la evolución de los caballescros, novelescos e históricos o como degeneración de romances artísticos.

Al transcrito tan sólo puede cuadrarle la segunda hipótesis, y a la investigación del curioso o a la erudición del hombre de letras, le entrego.

Yo le creo popular y me persuaden a ello el tono general, de sencilla y rústica poesía; la composición del cuadro del Nacimiento, deliciosamente popular y digno de una tabla primitiva, y hasta el giro tan ingénuo *¡relumbrando está una estrella!*, tópico de muchos piadosos reconocidos como populares por autoridades indiscutibles (v. gr. el de *la romera*, núm. 61 de los tradicionales de Asturias en la citada *Antología*).

Réstame decir que era de los más próximos a extinguirse, pues sólo lo sabía un viejo de 84 años (por cierto, el que sirvió de modelo al personaje de *Peñas arriba*, Pito Salçes), cuya es la versión.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO.

(CONTINUARÁ.)
